

Islamabad (Pakistán), 16 de junio

En este hotel de Islamabad me he acabado el libro con su dedicatoria. Inevitablemente me he puesto a recordar, hace siete años...

Era nuestro último día en Ton Sai y hacía dos que César y Pedro habían venido de Pattani a esta bahía inundada de rocas y de playas; para mí el lugar con más sensación de vacaciones del mundo. Vives en una cabaña, desayunas en la terraza de cualquier bar, vas un rato a la playa o a escalar, te das una ducha, cenas por ahí y luego a tomar algo. No friegas un plato ni tienes que preocuparte de nada más que de estar allí. Es genial, con sus lluvias torrenciales, árboles gigantes, atardeceres únicos, dos mareas al día que te pueden dejar atrapado en tierra...

El día anterior una chica alemana afincada allí nos propuso ir a la isla Koh Lo Kao. Estaba a dos horas de barco y era un sitio curioso, saltabas directamente de la barca a una repisa y ya aparecías en la zona de escalada, un mogote en medio del mar y nada más. Sólo había un problema, la mafia. Unos pájaros ponían en esas rocas sus

huevos, que no sé por qué razón se vendían a precio de oro y claro, había que convencer a los mafiosos de los huevos de que no pretendíamos robarlos, sólo queríamos escalar en esas paredes, resolver los movimientos más difíciles que pudiésemos y luego bajar y marcharnos a casa. Algo un poco complicado de entender para un tailandés que sólo se arrastra a un sitio alto si consigue un huevo que le dará mucha pasta. Pero al final fuimos, llegamos a la isla perdida, escalamos en el paraíso en medio del Índico, solos con los pajarracos de los huevos de oro y nos volvimos, en esa suerte de patera, a Ton Sai. Un día perfecto en la compañía perfecta: mis mejores amigas y César. ¿Qué sentía hacia ese chico de aspecto tranquilo y mirada salvaje?

—Parece buen muchacho.

Dijo la cándida Rebeca, con ese acento que arrastra las «ches» como si fuesen «elles». En realidad lo decía para fastidiar un poco, porque sabía perfectamente que a Mireia y a mí no nos resultaba demasiado sexy lo de «buen mullallo».

—¡Rebeca! —reaccionó Mireia como si fuese un insulto—. Lo más importante es que no es el típico chico que deslumbraría a una madre... con esas melenas, actor... ah y escala, eso es fundamental.

—¿Qué mote le pondría tu madre? —siguió Rebeca, maliciosa esta vez.

—¡Es verdad! ¿Cómo llamaba al pintor?

Mi madre y sus bautizos inexorables, le llamaba «me retiro» porque durante el mes que estuvo pintando la casa siempre se despedía diciendo: «Bueno, señora, ya me retiro».

—Cuando le conocimos en el tren dijiste algo así como: ¡Con este chico tendría familia numerosa!

—¡Rebeca, era una broma!

—Bueno, pero es raro que te guste alguien a primera vista, ¿no? —anunciaron las perspicaces cejas de Mireia más que sus palabras y continuó parodiando una solemne ceremonia—. A falta de tu madre yo le bautizo como «el futuro padre de tus hijos»...

Desde entonces, en la complicidad de nuestras risas así es como le llamábamos.

Tenían razón, era raro que me gustase tanto, si casi no le conocía, pero me cautivó su atmósfera. Perteneecía a esa clase de personas que cuentan las cosas muy bien, aunque te hablen del clima te quedas embobado.

Era nuestro último día en Ton Sai y yo estaba en la playa sola leyendo a Daniel Pennac. Sentí su llegada por detrás. Sus andares, tan animados por la certidumbre de ir a alguna parte. Su olor a piel, a sol, a sal.

Futuro padre: Te amo exactamente...

Giro la cabeza y le miro.

Yo: Es la mejor declaración de amor que se ha escrito.

Futuro padre: Pedro se ha ido a las Koh Pih-Pih, como no te ha encontrado... Os vais en dos horas, ¿no? Me ha dicho que te diese un beso de despedida.

Lo dijo tranquilo, como si hablase de darme unas postales para su madre y con todo el descaro del mundo me besó en la boca, tan seguro, tan consciente de su encanto. Parece que lleve haciéndolo toda la vida.

Ahora, en este hotel lúgubre intento transportarme a esa playa cálida, a nuestros cuerpos en el mar hacien-

do el amor delante de la gente, pero sin que nadie se percatase.

Futuro padre: Menos mal que todos son guiris...

Yo: ¿Los guiris no follan? Disimula que vienen unos niños a por la pelota...

Futuro padre: Hace rato que no puedo disimular.

Estaba demasiado aturdida para insistir, olía a mar y a viento de tormenta y sonaba a jolgorio entre chapoteos de vida. Me dejé caer de espaldas y en un susurro que anunciaba el final...

Yo: Sólo se nos ven la cabeza y los brazos...

Futuro padre: Pues disimula, que tienes cara de placer.

Solía reírse del mundo, simplemente por el placer de dismantelar el mobiliario de las convicciones.

Oigo gritos fuera, me llaman. Y la playa de Tailandia queda siete años atrás y sólo tengo una dedicatoria en un libro: «Un sueño se cumple cuando alguien lo persigue de verdad y éste, entonces, se deja atrapar. Deseo que los que tu persigues no se hagan esperar. Deseo que nunca dejes de perseguir. Te amo exactamente».

Tengo que darme prisa, parece que ya salimos de esta maldita ciudad. Ayer se suponía que nos íbamos pero amaneció diluviando y después de dos o tres horas esperando en el avión, nos hicieron bajar porque era imposible aterrizar en Skardú. Es normal ya que en Pakistán hay cinco deportes nacionales: pitar, no frenar nunca, pesarlo todo, las propinas y los simulacros de vuelo.

Los días en Islamabad han pasado despacio y aburridos. Con la lentitud que da el aburrimiento y con el aburrimiento que produce el lento paso de las horas cuando madrugas mucho y no sucede nada.

Estamos en un hotel tan fresquito como siniestro. Hemos hecho todas las gestiones y compras en el mercado repleto de colores y olores, y me subí con Eric a una azotea para ver la ciudad desde lo alto y fotografiar la mezquita de noche.

Deseo irme y sólo hemos pasado tres días aquí, pero es una ciudad gris y triste. El calor asfixiante, las mujeres tapadas y silenciosas como fantasmas entre sus velos. El tráfico, los niños que te clavan una mirada que duele...

Antes de emprender un proyecto siempre trato de conocer el contexto general, de impregnarme de la civilización involucrada, pero reconozco que los pueblos islámicos no me atraen demasiado, ¿será posible intentar observar sin juzgar? En una ocasión una fotógrafa iraní declaró que «Para mí el velo es como mi pelo. Crecí con él y no entiendo por qué los europeos tenéis esta fijación despectiva. Mis problemas como mujer en Irán no son estos; hay cosas realmente importantes». Es cierto, las rejas no son un problema en sí, el problema es que se utilicen para encerrar algo.

Al principio de mis incursiones en zonas indígenas, cuando empecé a hacer reportajes sobre otras gentes, otras culturas, sufría mucho. Me angustiaba cuando me preguntaba por qué estaba interesada en ese mundo, me sentía como una intrusa. Esto me pasa aquí, he vuelto a ser una intrusa en una cultura que no me pertenece y que no comprendo. Pero quizá este sentimiento está reforzado por mi empeño de estar cerca de Elsa, de devo-

rar cada detalle como si fuese un objeto de estudio. ¿Qué pienso sacar en claro de todo esto? No lo sé, pero a veces las necesidades no responden a la lógica.

Lo mejor de estos días ha sido conocer a Dawa. Elsa lo ha traído de Nepal, porque es un sherpa con el que tiene amistad de otras expediciones a ese país. Parece un niño y tiene treinta y dos años –imi edad!– y cinco hijos. Pero es muy alegre, con un aire medio salvaje. No se siente a gusto en esta piel urbana, como yo.

Dicen que un hombre sin paisaje no es nada. Aquí me he dado cuenta de que realmente no soy nada sin aire, sol, estrellas, flores...

Adiós, Islamabad, ino me has caído nada bien!

Después de su encuentro fugaz bajo el agua, no volvieron a saber nada el uno del otro hasta quince días después, la mañana de nochebuena.

Se habían despedido al pie de un autobús, con la torpeza de dos desconocidos que se conocen demasiado pero que no saben qué decirse.

—Vuelvo dentro de diez días a Madrid; tu estarás ahí en navidad, ¿no?

—julialeonor@avista.com, escíbeme cuando quieras.

—¿Leonor?

—Es una historia muy larga.

Cuando encendió el ordenador y vio un mail de César se emocionó tanto que no quiso abrirlo, prefería irse a dar un paseo por el monte con su padre y saborear el misterio hasta la tarde. En cuanto lo leyó se arrepintió de haber esperado tanto:

«Hola Leo je je. Llegué ayer, un poco desubicado. Además odio la navidad, hace años que no la celebro. ¿Qué haces esta noche? Ojalá seas huérfana!»

Julia se levantó de un salto.

—¡Maamá!

En la cocina estaba su madre con su hermana Clara.
—Mamá, ¿puede venir a cenar el futuro padre de mis hijos? Total uno más...

La madre se pone pálida.

—Estás embarazada.

—Que no, mamá, que le llama así porque se ha enamorado —intercede Clara al tiempo que le lanza una mirada cargada de cariño a su hermana pequeña.

—Está solo el pobre.

—¿No tiene familia? —La madre parece interesada.

—Pues... no lo sé, creo que sus padres están separados.

—Vale, pero que llegue a las nueve y media en punto.

«Hola gracioso, la verdad es que no soy huérfana, más bien todo lo contrario y me gusta mucho la navidad, pero no la de El Corte Inglés, la de los Salas. Me da mucha pena que pases esta noche solo. ¿Quieres reinsertarte en el espíritu navideño? Pues estás invitado, a las nueve y media en punto. C/ Nalón, 8, 2º B. Como el que avisa no es traidor, te cuento lo que te vas a encontrar...

»Clara es mi hermana más cercana, sólo nos llevamos once años, como mi segunda madre. Es genial, optimista, cariñosa, inteligente, disfruta de cada detalle que la vida le presta. Elva vive con mis padres y conmigo y la llamamos terremoto, así que te puedes imaginar. Aunque si no entras a su leonera-habitación o te cuenta cinco cosas a la vez no te das tanta cuenta... Es una buena persona a la que le puedes pedir extrañas misiones como ir a buscarte al aeropuerto a las tantas de la noche. Pues nada, ya sólo te quedan unas cuantas, entre las que están Teresa, que vive en Pamplona, con cuatro hijos, catedrática de derecho, tiene una bonita

filosofía de la vida. Blanca es la mayor, se estableció hace tiempo en Alicante, es como un roble sereno y estable, con un irónico sentido del humor, le cuesta acercarse pero cuando se acerca es la hostia. Y el hombre de la casa, Jaime, pasa la mayor parte de su tiempo burlándose de nosotras, imitándonos... Es un caradura que empezó a trabajar a los treinta y cuatro años, pero como tiene una labia y un talento descomunales pues está montado en el dólar. El otro hombre es el padre, Ángel, me enseñó a nadar tirándome, de repente, un día al agua. Resultado: aún nado estilo perrito y odio la comida japonesa porque me sabe a aguadilla... Pero también me ha enseñado a tomarme la vida con humor, a ver las cosas a lo grande, a fantasear, a subirme a los árboles, a escalar, a odiar la corrección y a no tener miedo. Me regaló la primera cámara de fotos con la ilusión de que fuese reportera y le acompañase a dismantelar las bajezas del mundo (es periodista y siempre investiga temas escabrosos), él la pluma, yo la imagen... Le salió un poco rana, pero me adora.

La hermana gemela de mi madre, Pepa, que grita constantemente en su tono agrio habitual, es soltera, la mejor amiga de mi madre, una más de la familia ya que su carácter difícil lo compensa un gran corazón y una mente ágil, nos ha ayudado mucho a todos.

Ah, claro, y la señora Irene, mi madre, en su mundo de fantasía, con sus crucigramas, su bingo y sus concursos de la tele. No le gusta mucho la realidad pero es tremendamente práctica a la hora de resolver un problema. A pesar de ser muy tradicional nos ha inculcado a todas el amor por los libros, por una buena comida, que tenemos que ser independientes y perseguir nuestros sueños. Es muy observadora, elegante –con esa ele-

gancia innata que lo supera todo– y recta. La mujer más inteligente que conozco y una verdadera dama de su tiempo. Cocina de maravilla así que si no vienes te perderás un buen banquete. Primero comen los niños, un caos de gritos, comistrajos, quejas ... y también está el momento villancicos, prácticamente la totalidad de la familia canta fatal, así que es un desastre a destiempo, sin ritmo ni tono alguno.

En fin, los Salas... ¿podrás soportarlo?
Ojalá seas valiente. Te espero.»

Y apareció, contra todo pronóstico. A las nueve y media en punto como dictaban las instrucciones, con una botella de vino bajo el brazo. Le asaltaron los sobrinos, tirándole de las mangas, la madre le ofreció un trozo de jamón justo en el momento en que uno de los cuñados, el más serio, le tendía la mano para saludarle... Pero fue la mejor circunstancia para entrar en esa casa, sin preguntas inquisidoras ni dudas sobre ¿quién es éste? Sólo puro caos en estado puro. Ideal para observar la esencia de ese nido de majaras tan entrañable.

Ella le presentó como un amigo, pero él notaba que sobre todo las hermanas sabían perfectamente quién era. Aunque pensándolo bien ¿quién era?

Después de la abundante cena, con platos para arriba y para abajo, le cayó alguna pregunta por parte de las hermanas:

—¿Tú también escalas?

—Sí, también, también...

—Pero no como Julia, ¿no? Ella es la mejor escaladora –esta era Elva.

César se reía, casi todo lo que sucedía en aquella casa era surrealista, nunca había visto una familia tan variopinta.

—Pero no te dedicas a escalar –turno de la madre.

—No, no, la escalada es un *hobby* como para Julia.

Miradas de expectación. Silencio absoluto, ¡hasta los niños estaban callados!

—Soy actor.

Revuelo general, los niños se emocionan:

—¿Y te disfrazas?

—Sí, claro, a veces...

El padre va a lo práctico.

—¿Pero vives de eso?

—Lo intento, es difícil pero lo voy consiguiendo, hay veces que parece imposible y otras que más o menos vas tirando. Trabajo bastante de actor de doblaje.

—Perseverancia, como en todo... –insiste el cabeza de familia.

La madre, se preocupa un poco.

—Y estudiaste arte dramático.

—Siempre he querido ser actor pero estudié magisterio, prefería una carrera un poco más variada.

—Sí, cultura general que es lo más importante. –La madre parece admirarle después de todo.

En ese momento Ángel se levanta, pide silencio y empieza a recitar:

*«Corriendo van por la vega
a las puertas de Granada,
hasta cuarenta gomeles
y el capitán que los manda...»*

—La poesía es uno de los vicios de mi padre –le explica Blanca—. Recita bien ¿verdad? Como José de

Espronceda era de Almendralejo como él, pues siempre escoge en navidad un poema suyo.

Julia le mira risueña, está cuchicheando algo con los niños. Los niños Salas... de todos los tamaños, desde la edad del pavo a los que esperan con anhelo que Papá Noel baje por la chimenea y les atiborre de regalos.

De pronto una niña de unos cuatro años, que debe ser hija de Clara por el parecido, se acerca y le pregunta clavándole sus dos ojazos negros.

—Dice mi tía Julia que sabes hacer unos bailes con fuego, que lo hiciste en una obra de teatro, ella te ha visto y lo haces muy bien.

—No, no, tu tía exagera...

—Dice que no te crea, porque eres actor y dice que los actores siempre «acturáis»... y que aquí tienes los palos de fuego y que te diga que si puedes hacerlo un poco para que te veamos.

Se queda callada, muy seria, esperando una respuesta, «en su mente ilusionada de cuatro años no entiende de complejos», reflexiona César, «ni del absurdo miedo escénico que no sientes encima de un escenario o frente a una cámara y te pilla por sorpresa delante de personas a las que casi no conoces pero, sin saber muy bien por qué, te preocupa lo que piensen de ti... Esa niña no entiende nada de eso, es afortunada en su dulce inocencia».

Así que coge los palos de fuego y se va al jardín. En realidad son unas cintas de colores, que en la punta tienen unas bolas que prenden con un líquido inflamable.

Hace frío pero todos han bajado para la ocasión. Julia pone música asiática, tranquila, con un ritmo muy sensual. César se quita la camiseta, dice que es tan importante la escenografía como la actuación, y empieza a

moverse al ritmo de la música mientras las bolas de fuego le acompañan despacio.

Todos están hipnotizados ante ese juego, mezcla de malabarismos y danza. Realmente es hechizante, con su piel morena y fibrosa, en la noche helada, sólo iluminado por el fuego... haciendo que las bolas luminosas giren a toda velocidad como estrellas fugaces o pasen entre sus piernas para salir por encima de su cabeza, o simplemente se balanceen, tranquilamente, mientras su cuerpo se agacha y se eleva o salta o se desliza provocando...

—Dos artistas en la misma familia... no sé si es muy práctico —le susurra la madre al oído, sonriendo.

—No me extraña que te encante —dice Clara.

Realmente la encantaba cómo miraba todo desde lejos, sin participar demasiado, sin juzgar ni analizar, sólo allí, dejando caer los sortilegios hacia aquéllos que respiraban su atmósfera.

Cuando acaba la función, para que los niños no pidan más y atosiguen al invitado, llega el momento de los regalos.

César mira, mientras se fuma un cigarro con uno de los cuñados, papeles, gritos, muñecos que cagan y mean... Julia tiene un objetivo para su nueva cámara y un libro. Se lo da a César para que lo vea.

Él lo hojea y se encuentra una dedicatoria en la primera página:

«Hay muchas palabras para escribir todo lo que me sugieres y me has dado. Compañía, risas, cuentos, imágenes, abrigo y mucho amor. Tú eres mi tribu. TQ. Clara»

La observa desde lejos, con cierta envidia. Y se sorprende pensando que le gustaría pertenecer a esa tribu de majaras.